

El futuro de la ciudad histórica en el Perú _Fernando Vela Cossío

En su última novela, *El héroe discreto* (Alfaguara, 2013), Mario Vargas Llosa (Arequipa, 1936) vuelve a Piura, la ciudad que sirvió de escenario para su magistral segunda novela, *La Casa Verde* (1965), y en la que su autor pasó dos etapas muy importantes de su infancia y de su juventud, durante los años 1946-1947 y en 1952, cuando estrenó, en el Variedades, su primera obra de teatro: *La huida del Inca*.

Cincuenta años más tarde, en un espléndido artículo publicado en el diario El País el 22 de diciembre de 2002, nuestro Nobel recordaba sus vivencias en aquella Piura que "cuando la conocí, siendo un niño de pantalón corto, era una ciudad de treinta mil almas y el desierto, que la rodeaba por sus cuatro costados, se veía desde todas sus esquinas: arenas blancas y doradas, alborotadas de algarrobos y de médanos que el viento hacía y deshacía a su capricho. En la ciudad de trescientos mil habitantes que es ahora, el desierto ha retrocedido hasta volverse invisible, ahuyentado por innumerables barriadas donde la pobreza se repite y multiplica como pesadilla recurrente (...) Edificios como paquidermos de cemento armado han aplastado a las viejas casonas de portones con clavos y balcones de rejas y la casita donde yo viví, y fui feliz, en la esquina de Tacna y la Avenida Sánchez Cerro, es ahora un chifa lleno de colorines y luces cegadoras, de donde sale una música que rompe los tímpanos. La Plaza Merino parece ser la misma, pero estaba enterrada bajo los toldos y quioscos de una feria y apenas se la divisaba. En todo caso, es seguro que en la casa parroquial de la esquina ya no vive el padre García, filatelista y cascarrabias, que fue mi profesor de religión y que vociferaba desde el púlpito contra la Casa Verde, ni, en la acera de enfrente, esa alumna del Colegio Lourdes, que caminaba como patinando y que a los sanmiguelinos nos cortaba la respiración (...) Pero la Plaza de Armas casi no ha cambiado. Ahí están los altos, frondosos y rumorosos tamarindos, las estatuas de los héroes epónimos, y las bancas de varillas atestadas de vecinos que han salido a refrescarse, después de un día de calor infernal, con la brisa de la noche. El ambiente es efusivo y jovial, los piropos atrevidos, la coquetería de las chicas audaz. La Piura de mi infancia se me metió en el cuerpo y en el alma hace más de medio siglo, y nunca ha salido de allí. Pero, en cambio, se salió de la realidad, pues ya no existe, sino como una pálida sombra que se va eclipsando y pronto se borrará del todo (...)".

Y es que la segunda mitad del siglo XX ha transformado, quizá de forma irreparable, el corazón de las grandes ciudades históricas del Perú, probablemente el país de América Latina, con México, más rico y diverso en lo que respecta al Patrimonio Cultural.

En su extensa superficie (1.200.000 km²), en la que se reparten 30 millones de habitantes con un PIB cercano a los 200.000 millones de dólares y una renta per cápita de poco más de 6.300 dólares, según datos del Banco Mundial del año 2013, se ha conservado un legado patrimonial verdaderamente sobrecogedor. Con un valioso patrimonio arqueológico, resultado del extenso desarrollo de las grandes civilizaciones agrícolas que, desde el décimo milenio a.C., poblaron los fértiles valles del Pacífico Sur (Caral, Vicús, Cupisnique, Paracas, Moche, Nazca, Lambayeque, Chimú) y de las distintas culturas andinas (Lauricocha, Chavín, Tiwanaku, Cajamarca, Wari, Chahapoyas, Inca) que, desde la Prehistoria hasta la desaparición del Imperio de los Incas, se extienden en las regiones montañosas de la cordillera, el país disfruta además de elementos verdaderamente extraordinarios en el ámbito del paisaje, como los valles del Urubamba o del Colca, las salinas de Maras (Cuzco), la península de Sullistani y la laguna de Umayo (Puno), el desierto de Sechura o el puerto de Paita (Piura), por citar solo algunos grandes ejemplos, y ha conservado un interesantísimo patrimonio artístico, etnográfico e inmaterial, en el que puede leerse el largo y complejo proceso histórico que ha conformado el Perú mestizo de nuestros días.

La UNESCO ha reconocido este importante legado declarando Patrimonio de la Humanidad bienes tan importantes como el Santuario Histórico del Machu Picchu (1983), la ciudad del Cuzco (1983), el sitio arqueológico de Chavín (1985), el Parque Nacional del Huascarán (1985), la zona arqueológica de Chan-Chan (1986), el Parque Nacional del Manú (1987), el centro histórico de Lima (1991), el Parque Nacional del río Abiseo (1992), las líneas y geoglifos de Nazca y Jumana, el centro histórico de Arequipa (2000), la ciudad sagrada de Caral-Supe (2009) y el Qhapaq Ñan, el camino inca (2014). Además, la lista indicativa de la UNESCO incluye las propuestas de declaración del centro histórico de Trujillo, el yacimiento de Pachacamac, el centro histórico de Cajamarca, el Lago Titicaca, el complejo arqueológico de Kuélap y el astronómico de Chankillo. El arte textil de Taquile, la Danza de las Tijeras de Ayacucho, la

Fernando Vela Cossío es arqueólogo, Profesor Titular del Dpto. de Composición Arquitectónica de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de la Universidad Politécnica de Madrid y miembro de número del Instituto de Investigación del Patrimonio Cultural del Perú (Universidad Ricardo Palma).



Huaconada de Mito (Junín), los cantos Eshuva de los Huachipaeri, la peregrinación al santuario de Qoyllurit'i en Sinakara (Cuzco) o los conocimientos y técnicas para la renovación del puente Q'ewwachaka sobre el río Apurímac son, en el ámbito del patrimonio inmaterial, los elementos inscritos por el Perú en el Patrimonio Mundial y constituyen una pequeña muestra del inmenso legado intangible que aún conserva el Perú del siglo XXI.

Pero de entre los muchos bienes que el Perú atesora son, sin duda, sus ciudades históricas, con un patrimonio urbano y arquitectónico riquísimo y heterogéneo (en el que conviven las huellas de las primitivas culturas prehispánicas con muestras extraordinarias de la arquitectura colonial de los siglos XVI, XVII y XVIII), las que constituyen uno de los legados más importantes que el país ha conservado para el mundo. Conjuntos históricos como El Cuzco, Lima, Arequipa o Trujillo son ya destinos preferentes de un turismo cultural internacional que llega en progresión creciente al país; otras ciudades como Ayacucho, Cajamarca, Puno o Juli, por citar solo algunas, han conservado, con un grado de autenticidad sorprendente, un patrimonio prehispánico y especialmente colonial muy importante. Por otra parte, un extenso patrimonio arquitectónico de la tradición que se reparte por todo el país, algunos elementos muy destacables del patrimonio industrial y muestras importantísimas del patrimonio arquitectónico de los siglos XIX y XX, cierran un panorama lleno de oportunidades para el desarrollo. Pero también de retos, porque el Perú es un país amenazado por riesgos naturales de alcance imprevisible, en especial de naturaleza sísmica (baste recordar el último gran terremoto de Ica y Pisco en 2007, la catástrofe de Huaraz en 1970, con más de 80.000 muertos, o el terremoto del Cuzco de 1950, que dejó 1.600 fallecidos y daños por valor de 33 millones de dólares de su época), y también climatológica, como las inundaciones recurrentes que produce en la costa norte del país la pluviosidad acíclica y el llamado fenómeno de El Niño, y que históricamente han azotado con violencia a la región, como lo demuestra la completa destrucción en el año 1720 de la ciudad de Zaña (Lambayeque), arrasada por la persistencia de las lluvias torrenciales.



Restos de arquitectura colonial en Juli, Perú.

A estos riesgos naturales se suman también los antrópicos, como el crecimiento informal y el desarrollo no planificado, la degradación económica y social de los centros urbanos, la destrucción de las "arquitecturas de acompañamiento" en la ciudad histórica o la todavía escasa valoración de la arquitectura de los siglos XIX y XX, en especial del patrimonio de la Modernidad, cuyo abandono está produciendo pérdidas irreparables en ciudades como Lima, Arequipa o Piura. La fuerte presión del turismo de masas compromete igualmente una gestión responsable de los grandes monumentos. El santuario de Machu Picchu ha visto aumentar el número de visitantes de forma alarmante en los últimos diez años, pasando de 450.000 en el año 2003 al millón actual, alcanzando en 2013 los 4.100 visitantes/día cuando el plan director de conservación del monumento recomienda un límite de 2.500. Por eso, el reto más importante es hoy el de hacer compatible la conservación con el desarrollo turístico, imprescindible y muy conveniente para un país en vías de desarrollo y fuerte crecimiento (por encima del 5 % en 2013) que debe luchar, sin embargo, por conservar su identidad cultural y preservar la autenticidad de este patrimonio impresionante. El futuro del Perú pasa necesariamente por la conservación de este legado cultural excepcional, en el que la ciudad histórica y el patrimonio arquitectónico constituyen, a buen seguro, uno de sus elementos más señalados y de mayor singularidad.

Como se ha señalado oportunamente desde la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID), la preservación, la valoración y la gestión sostenible, participativa y socialmente equitativa del patrimonio cultural (entendido también como un importante recurso al servicio de la sociedad) debe ser considerada un derecho fundamental del ser humano. Si la defensa de tal derecho, como parte de la identidad cultural de los pueblos, es un objetivo irrenunciable a promover en el marco de un desarrollo humano integral, el aprovechamiento del patrimonio como recurso generador de riqueza material puede a su vez constituirse como un componente central en las políticas de cooperación al desarrollo de los países más avanzados. El patrimonio cultural es, además, un activo irremplazable. Se encuentra fuertemente vinculado al lugar en el que se encuentra y forma parte de la raíz de cualquier comunidad social. Contribuye a conformar un paisaje irreplicable, cuyos valores no residen únicamente en la riqueza económica o tecnológica, de ahí su singular interés como recurso para las poblaciones de los países en vías de desarrollo y, de ahí también, su particular vulnerabilidad en el contexto cambiante de un mundo que tiende a la globalización, al mercantilismo y a la estandarización de ciertos subproductos culturales o al uso interesado de la cultura, sobre todo en el campo de la política, en detrimento del conocimiento, la protección de la autenticidad y la conservación de los grandes valores de la tradición que, por desgracia, solo son apreciados en muchas ocasiones por pequeñas minorías, por élites bien formadas, que se encuentran apartadas, y también desinteresadas, por qué no decirlo, de la extremadamente mediocre, oportunista y demagógica gestión política que nos ha tocado vivir en estos tiempos de mudanza entre dos siglos.